

Josu Landa (Caracas, 1953). Uno de sus 3ltimos libros es La balada de Cioran y otras exhalaciones (Paso de Barca Ediciones, 2019). A a Jorge Esquinca

Carecemos de los poderes propios de augures, vates, adivinos y sibilas.

El deplorable estado de nuestra relaci3n con la Naturaleza y sus potencias, con los dioses paganos y con el omnipotente dios sem3tico nos impide una compenetraci3n org3nica con el dinamismo del mundo, lo que hace imposible la videncia de lo que ha de venir con el tiempo. Una pseudoadivini3n exc3ntrica, p3cara, desvergonzada y pesetera, acotada a la satisfacci3n de cr3dulos desesperados 3el submundo de los astr3logos, lectores de cartas, quirom3nticos y afines3 ha llevado al plano de la caricatura lo que para nuestros antepasados m3is remotos se apreciaba como una ciencia, sin cuyo oportuno auxilio nadie daba un paso en la pol3tica, en la guerra, en la producci3n de riqueza y hasta en la poes3a.

En nuestros tiempos, el ansia demasiado humana de prever el futuro sigue viva y fluye por los cauces que le ofrecen disciplinas con cierto halo de condici3n cient3fica, como la futurolog3a, la prospectiva, la simulaci3n de escenarios virtuales... La cibernetica, con su enorme capacidad en el campo de la matem3tica, la estad3stica, la sistematizaci3n de algoritmos, la descripci3n de sistemas complejos, la acumulaci3n de datos y la identificaci3n de tendencias, en las din3micas de una variada gama de procesos, parece responder a las expectativas del tipo de ciencia dominador-explotador, baconiano-f3justico, que tiene en el llamado 3«modelo est3ndar» su m3xima expresi3n. Con todo, la continuidad entre explicaci3n cient3fica y predici3n de fen3menos s3lo se registra en muy contadas 3reas de conocimiento y de manera por dem3is limitada.

Conclusi3n acaso un tanto penosa: quienes habitamos hoy este mundo estamos tan faltos de poderes para predecir el futuro como, a decir verdad, tambi3n lo estaban los antiguos.

Lo que s3 est3 a nuestro alcance es reconocer ciertas tendencias que vengam registr3ndose y proyectarlas en el horizonte 3por lo general, nublado y turbio3 donde acontecen las cosas por venir, siempre sin definiciones claras, para quien se asome a contemplarlas desde las exiguas atalayas del presente. A lo sumo, podemos formular algunas hip3tesis, algunas aproximaciones probables, sobre lo que pueda suceder, a partir de los datos que el pasado y el presente nos deparen.

De entrada, preguntar por el futuro de un orden cultural o de alguno de sus componentes equivale a interrogar por la tradici3n que la vertebral y sostiene. Es dable creer en la alta probabilidad de que

3pase lo que pase, sea lo que sea lo que la pandemia de sars-cov-2 nos tenga reservado en su delect3reo despliegue por el mundo3, en general, habr3 de continuar la tradici3n art3stica y literaria a la que hemos estado adscritos.

Se dir3a que hay dos tendencias en curso, de cara a la tradici3n cultural y sus derivaciones literarias. Por una parte, est3 (1) la que viene abriendo paso a novedosos c3nones formales y de medios de emisi3n-recepci3n, as3 como de nuevos autores y obras, al tiempo que, por la otra, (2) tenemos a la abigarrada red de redes sociales y antisociales, con una l3gica espec3fica. Ambas corrientes se entreveran, apoyan y nutren mutuamente. La distinci3n de vertientes que se acaba de hacer es de car3cter anal3tico; en los hechos, lo que opera es una indisoluble concatenaci3n entre ambas.

La tradici3n art3stico-literaria tiene sus momentos homeost3ticos 3de equilibrio relativo, siempre amenazado por tendencias disolventes y centr3-fugas3 junto con momentos entr3picos 3en los que prima la proclividad a la fragmentaci3n, la tensi3n con incertidumbre, la colisi3n de voluntades y efectos de poder. Esa singular dial3ctica puede estar en la r3z de las modernizaciones, postmodernidades y remodelaciones, pero nada indica que 3stos sean los procesos que deriven de la actual contestaci3n a los c3nones fosilizados como 3«tradici3n3». No es un nuevo curso de la 3«tradici3n de la ruptura» que hab3a columbrado Octavio Paz, en tiempos que ya se sienten remotos.

Hay indicios visibles de que la din3mica misma de la tradici3n pasa, ahora, por un trance muy dif3cil: una situaci3n en la que prevalece el elemento entr3pico, sin que su acci3n demoleadora anuncie algo distinto a un declive o, cuando m3is, una renovaci3n limitada y focal del 3ltimo gran canon. La visi3n vanguardista de Paz comportaba la generaci3n de expresiones alternativas, ante una idea de la tradici3n definida por la lealtad al dogma, a la doctrina, al canon formal del caso, a ciertos valores est3ticos... No basta con la pura negaci3n para romper con los referentes tradicionales en juego; es necesario proponer en positivo opciones alternas, que a la postre redimensionan y remozan la tradici3n. Hoy apreciamos indicios de una decadencia: una fractura en la herencia cultural y literaria por disoluci3n, debilitamiento, degradaci3n...

Est3 bastante claro: ya huele a naftalina la mayor parte de la n3mina literaria mod3lica del siglo XX mexicano 3necesidad de ir m3is lejos3: Jos3 Vasconcelos, Ram3n L3pez Velarde, Alfonso Reyes, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Manuel Maples Arce, Carlos Fuentes, Agust3n Y3ñez y la casi totalidad de poetas y narradores que coparon el escenario can3nico, en la centuria pasada, lucen hoy en d3a vencidos por el tiempo; en general, lejos del aprecio est3tico del receptor contempor3neo. Acaso Jos3 Gorostiza y Octavio Paz mantienen su residencia en el canon, por obra de los pocos j3venes lectores que rebasan la media en educaci3n art3stica.

Es probable que el nuevo envi3n decadente derivado de los hueros vanguardismos posmodernistas contin3e, sin conciencia ni plan hist3rico, un proceso que ya hab3an puesto en evidencia maestros de la impugnaci3n del orden art3stico tardomoderno como Franz Mehring y Walter Benjamin, cuando, en las 3ltimas d3cadas del siglo XIX y las primeras del XX, pusieron en evidencia la erosi3n de la historiograf3a literaria y el declive de la cr3tica, en un entorno visiblemente enrarecido por una degradaci3n de la experiencia est3tica (1).

Si las oleadas remodeladoras de aquellas centurias terminaron de dar al traste, por ejemplo, con la 3pica y la

mÃ-mesis artÃ-stica, es probable que el mundo de la acciÃ³n poÃ©tica, que parece clausurar el estado de peste que nos agobia en el IÃ-mite de las segunda y tercera dÃ©cadas de la centuria en curso, facilite la instauraciÃ³n firme y hegemÃ³nica de los modos de producciÃ³n y recepciÃ³n artÃ-sticos que se vienen imponiendo a la vera de una hiperautomatizaciÃ³n alienante de la expresiÃ³n estÃ©tica. De ese modo, son el arte y sus fundamentos humanos mÃ¡s vitales lo que parece que desaparecerÃ¡, a la vuelta de unos pocos lustros, para dar cauce libre e ilimitado a simples manifestaciones de egos sumidos en el onanismo mental y en simbÃ³licas de pacotilla. A fin de cuentas: la educaciÃ³n en IÃ-nea es a la educaciÃ³n lo que el arte por medio de dispositivos electrÃ³nicos es al arte. Desde luego, esta conclusiÃ³n sÃ³lo tiene sentido si se asume a la educaciÃ³n como un complejo proceso de formaciÃ³n o moldeado Ã©tico-espiritual y prÃ¡ctico de seres humanos, a la vez que se conviene en llamar Ã© «arteÃ©» a la expresiÃ³n humana genuina, que adquiere forma con apego a valores estÃ©ticos eminentes, por obra de una poÃ©sis â€”una acciÃ³n creadoraâ€” asimismo humana, es decir: que prescinde al mÃ¡ximo posible de mediaciones en sus nexos con la vida y el resto de la realidad. Por lo demÃ¡s, el hecho de ignorar esos dos criterios es ya un signo claro de decadencia.

Ã© Ã© Ã© Ã© En los aÃ±os veinte del siglo pasado, JosÃ© Ortega y Gasset advertÃ­a â€”en un tono rayano en la denunciaâ€” una supuesta Ã© «deshumanizaciÃ³n del arteÃ©», porque las obras producidas por las vanguardias de su tiempo apostaban por un Ã© «arte puroÃ©», deslastrado de toda determinaciÃ³n vital y existencial. Es discutible que un programa estÃ©tico asÃ­ sea tan ajeno al humor animado que nos constituye, como consideraba el pensador espaÃ±ol. A fin de cuentas, los audaces vanguardismos impugnados por Ortega se dedicaron a liberar al significante de sus vÃ­nculos con lo significado: una operaciÃ³n humana donde las haya: una verdadera prueba de la existencia del hombre, como dirÃ­a el gran Luis Cardoza y AragÃ³n.

Ã© Ã© Ã© Ã© Lo que parece menos dudoso es el frÃ©o, eficaz y profundo desplazamiento de lo humano por parte de dispositivos hiperautomÃ¡ticos â€”Ã© «inteligentesÃ©», han dado en denominarlos, de manera oportunista, sus productores, promotores y vendedoresâ€”, tanto en el plano de la producciÃ³n de bienes para la sobrevivencia como en el de los destinados a la satisfacciÃ³n estÃ©tica. La robotizaciÃ³n del arte (?) es un fenÃ³meno mucho mÃ¡s no-humano (2) y se dirÃ­a que se revigora con intensidad paroxÃ©stica, a consecuencia de las grandes alteraciones que viene imponiendo la covid-19 en el mundo-de-la-vida.

Ã© Ã© Ã© Ã© Pese a los daÃ±os directos y colaterales que la hipertecnificaciÃ³n, la correcciÃ³n estÃ©tico-polÃ©tica y la incultura ocasionen al despliegue de la voluntad creadora de la mayorÃ­a de quienes integran las nuevas generaciones poÃ©ticas (artÃ-sticas), ellos, los nuevos nombres, las nuevas obras, estÃ¡n ahÃ­ y tratan de franquear todo IÃ-mite y obstÃ¡culo en su ruta rumbo al canon. Â¿ObtendrÃ¡n su pase a la tradiciÃ³n y la memoria, por medio de las instancias y los procesos de canonizaciÃ³n habituales?

Ã© Ã© Ã© Ã© En los tiempos que corren, no parece que la efebÃ©a transgeneracional cuente para granjearse el pasaporte al Olimpo canÃ³nico, como suponÃ­a el Harold Bloom de La angustia (anxiety) de las influencias. Tampoco los dictÃ¡menes de la crÃ©tica profesional y acadÃ©mica ni el veredicto de una Ã©lite culta y exigente. Se dirÃ­a, entonces, que estamos ante un fenÃ³meno doble: (1) el desgaste de la tradiciÃ³n productora de tradiciÃ³n y (2) la paulatina surgencia de dispositivos y procesos novedosos de canonizaciÃ³n.

Ã© Ã© Ã© Ã© La dinÃ¡mica de la canonizaciÃ³n artÃ-stico-literaria no sÃ³lo obedece a la acciÃ³n de instancias colaterales al Ã©mbito de la creaciÃ³n estÃ©tica. TambiÃ©n juega, en ese proceso, lo que hacen los propios artistas, en su afÃ¡n de ser parte de la tradiciÃ³n, incluso cuando se enfrentan a ella, desde la raigal paradoja de que, para nadar contra la corriente, primero hay que estar en la corriente.

Ã© Ã© Ã© Ã© Miguel de Unamuno abre una ventana hacia luces potencialmente fecundas, cuando coloca esa pulsÃ³n autocanÃ³nica en el coto del ansia demasiado humana de inmortalidad. En palabras del conturbador filÃ³sofo, Ã© «nuestra lucha a brazo partido por la sobrevivencia del nombre [propio] se retrae al pasado, asÃ­ como aspira a conquistar el porvenir: peleamos con los muertos, que son los que nos hacen sombra a los vivosÃ©» (3).

Ã© Ã© Ã© Ã© Esas palabras que Unamuno dio a la imprenta en 1913 parecen una anticipaciÃ³n, sin regusto amargo, de una de las aversiones que bullen en la correcciÃ³n estÃ©tico-polÃ©tica â€”saÃ±udamente designada por Bloom como Ã© «escuela del resentimientoÃ©»â€” en boga durante los Ã©ltimos lustros: la persistente posteridad de los muertos que llamamos Ã© «clÃ¡sicosÃ©». El pensador se percata de que estÃ¡ ante un fenÃ³meno dotado de la intensidad y profundidad de los sentimientos de base. De ahÃ­ que a continuaciÃ³n agregue: Ã© «Sentimos celos de los genios que fueron y cuyos nombres, como hitos de la historia, salvan las edades. El cielo de la fama no es muy grande y cuantos mÃ¡s en Ã©l entren menos toca a cada uno de ellos. Los grandes hombres del pasado nos roban lugar en Ã©l: lo que ellos ocupan en la memoria de las gentes nos lo quitan a los que aspiramos a ocuparla. Y asÃ­ nos revolvemos contra ellos y de aquÃ­ la agrura con que cuantos buscan en las letras nombradÃ©a juzgan a los que ya la alcanzaron y de ella gozanÃ©».

Ã© Ã© Ã© Ã© La ciudad alegÃ³rica sede del canon es paradójal: alberga a una nomenclatura de individuos cuya aspiraciÃ³n de fondo es la soledad, la ausencia de compaÃ±Ã©a, una no-sociedad. Las listas canÃ³nicas son mera yuxtaposiciÃ³n de nombres: huellas de individuos de nula sociabilidad y, por ende, ocupantes de un espacio compartido a desgano con otros que aspiran a los privilegios de la memoria. Ã© «Cuanto mÃ¡s soloÃ©», advierte, de nuevo, Unamuno, Ã© «mÃ¡s cerca de la inmortalidad aparental, la del nombre, pues los nombres se menguan unos a otrosÃ©». Pero tambiÃ©n debe tenerse presente que sin la acciÃ³n de instancias sociales de canonizaciÃ³n nadie puede acceder a tan eminente coto.

Ã© Ã© Ã© Ã© En general, ahora, las Ã©lites no estÃ¡n para literaturas, no se interesan en las honduras del gran arte. Visto como estamento social, su verdadero reino estÃ¡ en el mundo del dinero y los negocios. Ese sector carece de un proyecto cultural histÃ³rico como el forjado por la burguesÃ©a moderna, durante siglos de lucha polÃ©tica, audacia econÃ³mica y elaboraciÃ³n ideolÃ³gica. Los nuevos patricios de nuestro tiempo se dejan subyugar por la hipertecnificaciÃ³n de todo â€”incluida la industria culturalâ€” y celebran la eficacia de los algoritmos en el reimpulso de la IÃ³gica del capital, que, en los tiempos del Mercado absoluto, tambiÃ©n alcanza a obras con alguna dosis de espÃ©ritu.

Ã© Ã© Ã© Ã© Eso no obsta para que empiecen a registrarse reacciones de ciertos sectores de esa nueva oligarquÃ©a en contra

de esas desmesuras. Para muestra, un botón: las investigaciones de la periodista norteamericana Nellie Bowles sobre los cambios de actitud, en el más elevado estrato social de su país, hacia la tecnología y su uso en la educación de sus hijos, así como sobre la estricta cautela con que los genios de Silicon Valley evitan el contacto de sus hijos tiernos y estagos con los artilugios que ellos inventan, al tiempo que el poderoso sistema de producción, mercadotecnia, distribución global y venta de los mismos extiende sus tentáculos hacia todas las esferas de nuestras existencias. Resulta, en verdad, asombroso que algo tan decadente como el jet-set contemporáneo haya descubierto que, al menos para su reproducción por medio de su descendencia, es preferible un mentor como Gorgias de Leontinos que las fulgurantes rutinas de intención pedagógica de los dispositivos 5g. Tal vez se trate de un fenómeno que derive en una nueva transvaloración estética, con efectos favorables en la producción artística por venir; pero, incluso en ese caso, puede tratarse también de la oportunidad de una rehabilitación del modelo de canon categorico defendido por Bloom y sus adeptos.

Como sea, es claro que estamos muy lejos de situaciones como las que padeció, por ejemplo, el joven Goethe, cuando las nuevas generaciones de poetas —es decir, artistas de toda índole— se topaban con la férrea resistencia del segmento más cultivado de la élite prusiana del siglo XVIII, a la hora de hacer méritos para obtener el pase al canon. Con todo, era el indicio de los poderes de una especie de aristocracia de la cultura —sólamente en parte coincidente con la social— que encarnaba unos exigentes valores estéticos y los hacía valer, con miras a la continuidad y al mejor despliegue de una tradición. Un agente cultural de esas características decidía a la suerte del canon artístico desde «arriba».

Todo eso podía resultar intimidante, coactivo, para las nuevas generaciones de poetas de lo que serán el Sturm und Drang y el romanticismo alemán. Pero —de cara a los fines axiológicos y estéticos generales de la cultura alemana— podría ser más temible la presión canonizadora negativa de los grandes estratos sociales sumidos en la ignorancia y la incultura. Se le debe al propio Goethe un sé-mil otrora descorazonador —“hoy, quien sabe”— a este respecto: lo que pasa con las nuevas grandes obras que aparecen en contextos de precariedad cultural es parecido a lo que sucede cuando un barco en movimiento va desplazando masas de agua: éstas inmediatamente vuelven a su lugar y todo queda como estaba en la superficie surcada. El punto es que, en estos tiempos, las aguas del arte están estancadas e infectadas de mediocridad y estupidez y, con las abultadas flotas de botecitos que navegan en ellas —en desmedro de las escasas embarcaciones movidas por un potente estro artístico—, toda esa masa líquida ni siquiera parece afectarse: no hay diferencia entre lo que parecen surcar en la proa y las tenues estelas que dejan tras la popa.

La tarea de forjar un canon reticular —ajeno al canon autoritario a lo Bloom—, desde la autonomía estética, y compromiso insobornable con los más exigentes valores artísticos, requiere un esfuerzo casi ascético, que a lo sumo fructificará en luminarias sumidas en la soledad y en la marginalidad; es decir: en algo que tendrá una exigua significación social, al menos mientras el péndulo de la cultura permanezca en este lado-momento de decadencia.

Un escrutinio justo —y, por fuerza, severo— del actual estado general de nuestras sociedades y culturas resultará un informe, a un tiempo, monumental y trágico. Por el momento, no existe una obra de esas características, lo que justifica que nos conformemos con concentrar la atención en algunos indicios.

Por ejemplo, el hecho de que el país más poderoso del planeta esté presidido por un barbajín absoluto como Donald Trump es un signo inequívoco del declive estructural de la política estadounidense. Pero hay datos que refuerzan ese indicio patente: definitivamente, no hemos visto nada: una frivolidad de pantalla y relumbrante, como Paris Hilton, anuncia su candidatura a la presidencia de la nación de Lincoln y Emerson, con el honorable lema Make America Hot Again. La misma ambición ha externado el rapero afroamericano Kanye West, con el plan de instaurar en Estados Unidos el «modelo político» Wakanda, nombre del reino en el que reside el superhéroe afro Pantera Negra; todo ello, una invención ficcional de Marvel Studios —empresa vinculada a Walt Disney Studios Motion Pictures— en la versión elaborada para la película Avengers: Endgame, estrenada en 2019 (4). No es difícil estimar el efecto «culturicida» —con pérdida por tan fea palabra— y antieducativo de largas décadas de atentados impunes y libres de toda límite, contra el buen gusto, la formación humanista, la razón, el sentido artístico y otros valores esenciales, perpetrados por los medios de comunicación masiva, la mercadotecnia, la industria pseudocultural, las redes y demás instancias afines, bajo la égida de una atmósfera ideológica que —“para colmo”— un político crepuscular, mediocre y declinante como Joe Biden ni siquiera se planteará revertir, en caso de que sorteara con éxito todos los obstáculos que se le interponen en su ruta a la Casa Blanca.

Hasta ahora, en general, las comunidades y las sensibilidades afectadas por el estado de cosas que aflora tras síntomas como los que se acaban de considerar han cometido estos dos errores: (1) pensar que se trata de fenómenos ajenos a las dimensiones esenciales del mundo-de-la-vida y (2) privarse de actuar en sentido contrario, pese a estar conscientes de la gravedad de tanta decadencia.

Se equivoca quien piense que las escasas muestras extraídas de la política-farandulosa estadounidense nada tienen que ver con la suerte actual del arte en nuestro orden de vida globalizado.

La compleja decadencia en curso no será óbice para las ambiciones de reconocimiento canónico de quienes encarnan y más fomentan su dinámica degradante. Por su parte, las instancias y dispositivos de canonización seguirán cumpliendo sus funciones, sometidos a la envilecida axiología —estética dominante. El Mercado absoluto (operado en los hechos por las grandes editoriales, las galerías y museos más poderosos, las cadenas y franquicias de librerías, los sistemas de comercialización cultural en línea, las operadoras transnacionales de cine y teatro...), junto con los medios de comunicación masiva y las redes, garantizan la circulación de bazofia con doble efecto: pingües negocios y marginación de toda obra antañona o contemporánea con verdadero valor poético.

Hoy en día, la palabra éxito sólo se maneja e interpreta en clave prostibularia: mucha venta, mucho negocio, mucho dinero y mucha masa humana implicada en ese chalaneo: el simulacro de un triunfo en el despliegue de una crítica alcahueta y en el plano de una acogida sin rigor ni exigencia. Parece el «eterno» esquema de la gloria, sólo

que en realidad se trata de victorias postizas y efímeras. Así es como el éxito puede operar como máximo valor cultural del momento.

Y, sin embargo, el canon se mueve, por lo que conviene fijarse al menos en algunos de los procederes que efectúan esa dinámica.

En la fachada del Cas n del Buen Retiro, en Madrid, aparece grabado en piedra un célebre apotegma de Eugenio d'Ors:  Todo lo que no es tradición es plagio . No es fácil dialogar con un  intelectual  orgánico del franquismo como d'Ors, pero, aunque sea con la mano en la nariz, es justo reconocer la categoría de su obra literaria y, con ello, las potencialidades del pensamiento que se acaba de transcribir. Cabe entenderlo como el registro de una disyunción: (1) en el plano de las expresiones culturales, todo lo digno es tradición y (2) quien no asuma esa opción está condenado a malcopiar  mal, tanto en el orden moral como en el est tico  lo que aquélla atesora.

Parece ser que el aforismo dorsiano venía de haber estado expuesto en superficies menos sólidas, pues cuenta una leyenda bastante difundida que, en su emplazamiento anterior, con el paso de los años, había perdido algunas de sus letras, hasta decir  lo que es adición es agio . Como si el tiempo hubiese intervenido en un diálogo figurable y para poner las cosas  en su lugar . En mi opinión, esta deriva de la frase original, tras forzar bastante a la imaginación, refiere un tema más bien moral, aunque puede v rsele su  vuelta  est tica: todo aquello que se suma a la historia canónica del arte se debe a actos deshonestos, retorcidos, tramposos, de enriquecimiento a costa del desmedro artístico de alguien.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, agio y agiotaje significan:  Especulaci n abusiva hecha sobre seguro, con perjuicio de tercero . A su vez, en su sentido no-filosófico ni espiritual, por especular se entiende  Comerciar, traficar  (acepción 4) y  Procurar provecho o ganancia fuera del tr fico mercantil  (acepción 5).

Agio y adición / adición y agio:  sa es la cuestión. Acaso la frase de d'Ors intervenida por el tiempo induzca poco grata pero realista conclusión: en tiempos de declive cultural, como el presente, tradición es adición  suma, integración, incorporación, cuando menos, yuxtaposición de autores y t tulos  resultante de la generación de obras con supuesta intención est tica, a base de relaciones non sanct i con un legado artístico intrahistórico y con una cabal axiología. En eso estriban, justamente, los reiterados descubrimientos de hilos negros, las poses de quienes se han convencido de que parten de cero, de que carecen de antepasados  eso sí: sin renunciar a maniobras miméticas, casi siempre, burdas , los saqueos en las expresiones más prestigiosas de lo poco de pasado que logran asimilar, los trueques de gato por liebre, la obtención de réditos  especulativos  a costa de creatividades ajenas en el cielo glamuroso del éxito, en definitiva, la canibalidad desplegada en el campo general y variopinto de la poíesis, la creación.

Básicamente, eso es lo que hay, eso es lo que se mueve en la dinámica de los procesos de canonización en curso y ahí es donde parece que est  la semilla del futuro de la tradición artística. Por el momento, se antoja difícil en grado sumo una reversión en esa tendencia. Máxime si, últimamente, asistimos a la rendición de los/las ilustrados/as (intelectuales y espirituales) ante el Mercado y el Algoritmo, así como a su consiguiente retirada de los teatros de operaciones virtuales en los medios y las redes, al tiempo que no oteamos en el horizonte social y cultural un nuevo avatar del Espíritu, que anuncie un orden civilizatorio distinto al que nos cobija ahora. Se echan de menos las inteligencias libres, decididamente  intempestivas  (unzeitgem sse) y esperar la llegada de alguien como el Zaratustra de Nietzsche suena a expectativa de locos, cuando quienes imperan son los semiilustrados, los pseudoilustrados y los infrailustrados.

A fin de cuentas y bien visto, nada para echarse a llorar. Después de todo, nuestro verdadero futuro es el olvido y  algo es algo  el canon apenas viene a ser un purgatorio de primera, en la derrota hacia ese estado de perfección. Ciudad de México, julio de 2020

(1) Cf., a este respecto, Michael Opitz y Erdmut Wizisla (eds.), Conceptos de Walter Benjamin, ed. al cuidado de María Belforte y Miguel Vedda, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2014, pp. 528 y ss.

(2) Sería impropio tildarlo de plenamente in-humano, porque ha sido programado y ejecutado por seres humanos, con la intención de satisfacer necesidades y expectativas humanas.

(3) Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, p. 66. Las demás citas unamunianas proceden del mismo lugar.

(4) Poco después de la composición de estas líneas, West decidió retirarse de la contienda presidencial. Esa decisión no contraviene el sentido esencial de lo que aquí se expone: los signos de la decadencia del orden de la vida en Estados Unidos.